

ción encontraba en los ejemplos de los héroes fabulosos de los reyes del pasado y de los eupatridas contemporáneos: Hybris engendra á Koros, quien á su vez engendra á Até, la calamidad divina y vengadora. El pueblo no podía escapar por completo á una ley que tiene raíces en lo más profundo de la naturaleza humana. Como todos los poderosos, se admiró á sí mismo. Todos sus hombres de Estado le hablaban de su fuerza y de su gloria. Las gentes honradas le hablaban así para excitarle á mostrarse digno de sí propio. Otros le adularon para obtener su favor; la palabra demagogo es esencialmente ateniense. El orgullo en él se cambió pronto en vanidad pueril, fácilmente crédula á los discursos de adulación, enemigo de las verdades desagradables. No es falso todo lo que figura en la enorme bufonada de Aristófanes al imaginar su Pseudartabas, el falso embajador del rey de Persia. Se dice que el mismo Luis XIV fué víctima de una burla de igual género. Platón compara al pueblo soberano con un tirano: en ambos encuentra un alma enferma fácil á las sospechas, hostil á la verdad. Aristóteles emplea la misma comparación. Aristófanes se burla también en varias ocasiones de este espíritu de sospecha, que hace que el pueblo vea conjurados en todas partes. Declaremos, sin embargo, que no dejaba de tener razón del todo algunos años antes del golpe de Estado de los cuatrocientos. El temor de la verdad, sin duda, más que «la envidia democrática», ex-

plica ciertas injusticias del pueblo respecto de sus mejores consejeros, un Arístides ó un Focion. No es que fuese enemigo de su virtud, pero su vanidad no le dejaba creer en la virtud, es decir, en la sinceridad de estos hombres que no la admiraban en sus caprichos. Este vicio, á decir verdad, no es exclusivo de la antigüedad ni de la democracia. Para ser justos, añadamos que si el pueblo ateniense no se vió exento de él, su natural dulzura le preservó de peores excesos de ese género, y que ha sido más bien un tirano bonachón. Arístides no fué condenado más que al ostracismo y Focion, que lo fué á beber la cicuta, pasaba por un amigo de Macedonia. Fué á sí propio á quien el pueblo perjudicó con más frecuencia por su facilidad de creer á los que le halagaban más que á los que le advertían. Y no olvidemos tampoco que cuando encontró á un Demóstenes, cuyo patriotismo y entrega á la democracia no podían ponerse en duda, ha sabido, á pesar de la ruda franqueza del gran orador, darle crédito y mantenerle en el poder aun después del fracaso final de su política.

Esto nos lleva á hablar de los jefes del pueblo, de sus consejeros más indispensables á una democracia, que es una muchedumbre, que á un rey. En suma, muchos de los defectos de la democracia ateniense proceden de que le ha faltado muchas veces una dirección. ¿En qué medida puede imputarse esta falta á la democracia ateniense ó á aquellos que habrían podido y debido dirigirla?

§ 2.—LOS PARTIDOS Y SUS JEFES: LOS ORADORES.

No hablemos de los magistrados propiamente dichos. Ya hemos visto que todos, salvo los estrategas y algunos magistrados financieros, se designaban por sorteo. Es decir, que carecen de toda influencia. Por lo demás, no se ve que estos magistrados sorteados, cuya función es sobre todo administrativa y judicial, hayan cumplido mal generalmente con su deber. Todos los testimonios están de acuerdo en elogiar el buen orden que presidía á las fiestas religiosas, tan numerosas en Atenas. No encontramos en ninguna parte la menor prueba de que se hayan cumplido peor las funciones civiles y judiciales. En lo que se refiere á los estrategas é intendentes de la Hacienda, tampoco parece que la elección haya sido mala. La elección de Cleon como estratega es evidentemente excepcional, y aun así resultó bien la primera vez, puesto que se tomó Sfacteria. Lo más corriente es llevar á estos puestos á hombres del oficio, entre los cuales la proporción de los incapaces para desempeñarlo no fué probablemente mayor que en cualquier otro país. Fueron elegidos como estrategas varias veces aristócratas, como Cimón, Nicias, Timoteo Foción. Entre los financieros, los nombres de Eubulo y Licurgo son sinónimos de probidad profesional y de competencia. Puede decirse que en general las elecciones que

hacía el pueblo no eran malas y que sobre todo carecían de cualquier huella de espíritu sectario. Aristóteles observa que la democracia durante bastante tiempo nombró estrategas á hombres que se recomendaban más por el rango de su familia que por su mérito personal (1).

Pero la influencia política de un estratega, de un intendente financiero, no es preponderante por sí misma: se mide por su importancia como orador. Durante la mayor parte del siglo v ocurre con frecuencia que un mismo hombre es á la vez estratega y orador celebrado; así Temístocles, Aristides, Pericles, Nicias, Alcibiades. Más tarde esto ocurrió raras veces. Especialízanse las dos funciones; desempeñan cada una de ellas los profesionales de las mismas. Entonces el orador es un político propiamente dicho y su influencia es claramente distinta de la del general. Aparte de eso, es la más importante, ya que el que la desempeña dirige la política y es el verdadero jefe del pueblo (*προστάτης τοῦ δήμου*); jefe aceptado libremente sin título oficial, pero cuya autoridad puramente moral es la primera de todas, puesto que encarna en su persona el alma de la ciudad y da cuerpo á sus decisiones. Acérquemonos, pues, á estos verdaderos señores de la política ateniense, los oradores, y veamos lo que eran.

Muchas veces se ha reprochado á la demo-

(1) *Cons. At.*, 26, 1.

cracia ateniense la mediocre distinción intelectual y moral de aquellos á quienes hacia sus favoritos. Los hombres bien educados serios (γνώριμοι, ἐπισεικτεῖς) eran raros entre ellos; encontrábanse allí curtidores, fabricantes de liras, gentes de baja extracción y de educación somera.

Pero conviene advertir en primer término que para llegar á ser un orador influyente había que proponérselo, y muchos de estos hombres distinguidos no se lo proponían. Los unos estaban retenidos por una timidez natural que les hacía temer los tumultos de la plaza pública. Su distinción misma les inspiraba una falsa delicadeza que les hacía penoso el contacto de la multitud; no eran completamente ellos mismos más que en una sociedad escogida entre sus semejantes y sus iguales. Así aquel Charmidas, hijo de Glaucón, al cual Sócrates en las *Memorables* reprocha su temor á las Asambleas (1). Otros ocupados en altos pensamientos, dedicados á la filosofía, despreciaban las cosas contingentes y se vanagloriaban de desconocer el camino del Ágora (2). Otros aún, como Isócrates, tenían escasa voz ó desdeñaban en artistas las vacilaciones de la improvisación. Todas eran fuerzas perdidas para la vida pública. Otros muchos, en fin, ocupados de sus asuntos y de sus intereses privados, evitaban el perder su tiempo en la Asamblea ó en los tribunales, dejan-

(1) III, 7.

(2) Platón, *Thectetes*, p. 173. C.

do así el cuidado de los negocios públicos á los que no tenían nada mejor que hacer y vivían de ello (1). No me ocupo más que de las gentes honradas que no eran enemigos irreconciliables de la democracia, y que habrían podido prestarle servicios si tuviesen algo más de energía.

Pero había también entre las «gentes honradas» (ἀρεστοί) muchos adversarios sistemáticos del pueblo, que no podían ni querían colaborar con él. Aunque la aristocracia como clase estuviese vencida desde Solón, tardó mucho tiempo en entregar las armas. Durante todo el siglo V está siempre dispuesta á tomar la ofensiva. No sólo existe en el estado de partido constituido y oficial, sino que tiene sus hetairias, es decir, sus clubs, que son al propio tiempo sociedades secretas en las que se trabaja en la destrucción de la Constitución democrática. Los más inteligentes y los más activos de sus miembros son el alma de las hetairias que preparan y organizan sucesivamente la revolución de los cuatrocientos, después el gobierno de los treinta. Un Antifón, un Pisandro, un Terameno, que habrían podido ser influyentes hombres de Estado, se reducen así al papel de conspiradores y de emigrados al interior. Claman por la victoria de Lacedemonia. Siempre ha sido más fuerte en Grecia el espíritu de partido que el sentimiento de la solidaridad cívica. En todas las

(1) Aristóteles, *Política*, VI, p. 1293. A. 6-10.

ciudades los aristócratas llaman á Lacedemonia en su auxilio contra la democracia victoriosa y ésta á su vez invoca el socorro de Atenas. Los aristócratas atenienses no son una excepción á la regla. El mismo Jenofonte estuvo en la batalla de Coronea, junto á Agesilao que luchaba con un ejército ateniense. La unidad superior de Grecia considerada como la patria común de todos los helenos explica en parte estos desfallecimientos de patriotismo local; pero no es suficiente esa explicación, porque también se pedía auxilio al bárbaro, al persa, en caso de necesidad. Debe convenirse en que el espíritu de partido era una forma detestable de la lucha de clases y que en este respecto no poseían los aristócratas ninguna superioridad moral sobre sus adversarios.

Después de la derrota de los treinta y de la amnistía de Trasíbulo, queda definitivamente abatido el bando aristocrático. Pero poco á poco va formándose una clase nueva, un partido de los ricos, gracias al desarrollo de la industria y del comercio. Éstos no son revolucionarios ó al menos no hacen constar sus ideales, porque de otro modo no habrían tenido ninguna probabilidad de éxito. Es lo que hoy llamaríamos un partido constitucional. Muchos de los antiguos aristócratas entran en él, pero sin entusiasmo, y este grupo comprende sobre todo una multitud de gente recién enriquecida que no desea más que poder continuar sus negocios y no comprometer su fortuna. Será el partido de la paz y de

los miramientos hacia Macedonia. En este partido de moderados se encuentran muchos hombres que ni siquiera tienen afición á la política. Prefieren vivir á su gusto y desprecian á la multitud. Están lejos de dar ejemplo de virtudes cívicas; entre ellos se reclutan los caballeros y los oplitas de que habla Jenofonte y que son los más indisciplinados de los soldados (1). Creen elegante el despreciar las leyes, suponen que todo les está permitido (2); si intervienen en la vida pública, es más bien por su dinero, comprando á magistrados y oradores, que por una acción personal y franca. La democracia no podía contar con estos advenedizos arrogantes para hacer de ellos sus consejeros y jefes.

Sin embargo, había también entre ellos gran cantidad de personas que si compartían algunas de sus ideas, no compartían sus vicios; respecto de éstos, el pueblo no había tomado partido aún: un Leptino, un Eubulo, un Foción recibían honores y eran escuchados; después de la guerra social llegaron al poder y lo conservaron durante más de veinte años. Si fueron raros en Atenas los gobiernos democráticos, no es la culpa únicamente de la democracia: es que los verdaderos moderados eran escasos y que el partido conservador contaba con más fanáticos irreconciliables que verdaderos políticos. Aun cuando los moderados no estuviesen en

(1) *Mem.*, III, 5, 19.

(2) *Dem.*, *Midas*.

el poder, no debe creerse que careciesen de influencia. Aristóteles anota que el número de ciudadanos de clase media (*μέσοι*) es proporcionalmente más considerable en las grandes ciudades que en las pequeñas á causa del desarrollo de los negocios (1). Y considera á los *μέσοι* como las fuerzas de las democracias, ya porque posean mayoría en la Asamblea, ya porque tengan por lo menos la fuerza de desempatar con los adversarios y de hacer que se incline la balanza del lado de la moderación. Sin duda no ocurrió así en Atenas, donde las tres primeras clases eran numerosas. No debemos representarnos la Asamblea del pueblo como compuesta únicamente de artesanos groseros. Lo que sí es cierto es que éstos formaban una parte considerable de ella y que los *μέσοι* tenían tanta mayor probabilidad de hacer prevalecer sus opiniones, cuanto que los ciudadanos más ricos les hacían la tarea más fácil por la exageración de su intransigencia altiva ó por su diletantismo desatento del bien público.

Por todas estas razones fué necesario que el pueblo aceptase por jefes á aquellos que se ofrecían á él, ó por lo menos á los que le parecían mejores, y así por la abstención de los conservadores se formó una clase de políticos que ni por su nacimiento, ni por su fortuna, ni por su educación general parecían predestinados á ejercer un gran papel

(1) *Política*, VI, 1296, A. 10.

en el Estado, pero que reunían algunas de las cualidades naturales impuestas por la función y que la práctica iba desarrollando.

La mayoría de ellos eran hombres de condición mediana, en ocasiones de nacimiento modestísimo, que tenían ambición, energía, inteligencia, una facilidad de palabra innata ó adquirida, una voz capaz de imponerse á la Asamblea del pueblo. Eran muchos y entre ellos los había de todas clases: honrados é indignos, superiores y mediocres, respetados y despreciados. Allí, como en todas partes, eran escasos los hombres de genio, pero no faltaban los hombres inteligentes. Su moralidad pública y privada era de ordinario bastante sospechosa, y los peligros de la profesión explican por qué se aceptaba con tanta facilidad aquellas sospechas: un orador no tenía nunca seguro el día siguiente, y los hombres poco escrupulosos debían procurar obtener del éxito inmediato todo el provecho posible. Debe desconfiarse, sin embargo, de esta clase de improvisadas generalizaciones; fácilmente se acusa á los hombres que son depositarios de un gran poder de abusar de él; cierto que las tentaciones eran numerosas y que el escepticismo indulgente de las costumbres públicas no levantaba un muro muy fuerte para ocultarlas; pero no se deduce de ahí que la influencia de los oradores de un modo absoluto fuese perjudicial, ó que sus consejos fuesen perniciosos.

En primer término debe anotarse un punto importante: la nobleza general de las ideas

que se expresaban en todos los discursos. Es posible que Esquines fuese un traidor, pero lo cierto es que hablaba como si no lo fuese. El respeto á la ley, el amor á la patria, el elogio de las virtudes públicas y privadas constituyen el fondo común de toda la elocuencia ateniense sin excepción. Es más que probable que el mismo Demade, el único Demade, guardase sus ocurrencias audaces para las conversaciones privadas; la multitud no las habría tolerado. Hay una moral colectiva de la multitud, según la observación de Aristóteles, superior á la moral de muchos de los individuos que la componen. Atenas en particular estaba demasiado acostumbrada á la libertad para soportar máximas distintas de aquellas que habían vitalizado su idealismo durante dos siglos de una existencia fecunda y gloriosa. Por eso la elocuencia seguía siendo para ella una especie de predicación moral, aun cuando el predicador fuese indigno.

En labios de los verdaderos hombres de Estado esta predicación alcanzaba una fuerza y una precisión maravillosas. En este respecto la elocuencia de Demóstenes es incomparable. Cuando define de un modo general el papel del verdadero orador, de aquel al que él llama «el consejero del pueblo» (ὁ σύμβουλος τοῦ δήμου); su deber de franqueza absoluta, de estudio sincero de los hechos, de reflexión inteligente, de responsabilidad decidida se siente en sus palabras el calor de un alma vigorosa y sana. Y todos los detalles de

sus discursos están animados por la misma aspiración: pone siempre el detalle preciso de las cosas ante el auditorio; propone remedios directos y apropiados; censura y elogia; fustiga las debilidades; alaba las excelencias para fortalecerlas, y sobre todo se adentra por completo en su obra sin temor de los peligros que haya que correr, siempre en el puesto más difícil, con un fiero sentimiento de su responsabilidad y un sublime desdén de las consecuencias que pueden resultar de ella para su persona. Puede decirse que es honra de Atenas haber sido digna de escuchar semejante elocuencia, que es como el breviario del hombre de Estado. Si es cierto, como decía Bossuet siguiendo á Cicerón, que es el auditorio el que hace á los oradores y los predicadores, nunca se ha rendido testimonio más brillante de la nobleza de un auditorio, cualesquiera que fuesen sus impresiones y sus debilidades. Y repito que éste es el fondo mismo de la elocuencia ática. Ningún orador ateniense ha dejado de procurar, cada uno según su naturaleza y su talento, deducir de la Constitución liberal de Atenas y de los hechos de su historia toda la cantidad de enseñanza cívica y de alta cultura moral que pudiera obtenerse. Cualesquiera que fuesen los vicios personales de algunos oradores, ningún pueblo ha hablado tan noblemente sobre las verdades esenciales que constituyen la armadura indispensable de toda sociedad civilizada.

Después de esto, ¿qué valor tenían indivi-

dualmente esos hombres y en qué medida se armonizaba con sus máximas su vida pública y privada?

Sobre la vida privada de los oradores han murmurado mucho los antiguos y ellos mismos entre sí no hacen más que criticarse los unos á los otros. Por muchas razones sería pueril detenerse en tales maledicencias. Primero sería necesario, dada la violencia de las disputas, someter las censuras á una severa crítica, cosa imposible en el detalle; es cierto que entre los oradores los había bebedores de agua y pródigos, hombres íntegros y pícaros. Sería imposible que ocurriese otra cosa: después se admitirá fácilmente que estos hombres ardientes y artistas no tuviesen sus costumbres tan ordenadas como los filósofos. En fin, y esto es lo esencial, las virtudes familiares no son siempre una garantía de probidad política, ni sobre todo de clarividencia en los problemas de la vida pública, que es en donde reside la virtud esencial del hombre de Estado; parece que Esquines fué un buen hijo, un hermano cariñoso y, sin embargo, es más que probable que haya sido cómplice semiconsiente de Philipo.

Ocupémonos, pues, de la moral política de los oradores, que es la capital para juzgar el papel que representaban en la ciudad. Es preciso realizar aún distinciones preliminares indispensables. Es evidente que ha habido demagogos y sicofantes que se vendieron. En todo lo humano existen caídas in-

evitables. Sería ingenuo é injusto asombrarse de ello, toda vez que este mal no es exclusivo de la democracia ateniense. Lo que conviene examinar es el tipo medio de aquellos que se consideraban honrados y á quienes aceptaba por tales la opinión pública. Sólo así podemos juzgar de esta opinión pública misma, es decir, del pueblo ateniense, que es lo que nos interesa. Sobre este punto hay que dirigir dos graves censuras á la totalidad de los oradores: una de ellas es que han abusado de los ataques personales; la otra, su escaso escrúpulo en las cuestiones de dinero.

Los pleitos políticos atenienses están llenos de las injurias violentas que los adversarios cambian entre sí. No se limitan á discutir la vida pública de su contrincante; no retroceden ante ningún medio que sirva para describir su vida privada. El odio de Esquines hacia Demóstenes se alimenta de calumnias vergonzosas, ninguna de las cuales ha podido probarse. A su vez Demóstenes replica con amargos sarcasmos que alcanzan á toda la familia de Esquines. Es cierto que estos discursos judiciales no son discursos de tribuna y que la gravedad de las sanciones en que incurren los dos adversarios explican la pasión que llevan al debate, pero ni siquiera esta pasión justifica algunos de sus ataques. Por lo demás, ya en Tucídides, al comienzo de la guerra del Peloponeso, el orador Diodoto reprocha á su adversario Cleón el dudar por adelantado de la honra-

dez de aquellos que vengan á combatirle en la tribuna (1). Y no es sólo en las luchas judiciales donde estos ataques personales tenían lugar. A dos adversarios políticos no les basta con exponer al pueblo la oposición de sus ideas; todos los medios son buenos para destruir por adelantado la autoridad moral del contrincante y para consumir su ruina después del fracaso de su política. Estas costumbres hacen enemigos á los adversarios políticos, y á consecuencia de eso, los conflictos de ideas adquieren un aspecto de pugilato. Nada menos propio para conservar en las discusiones de la tribuna la gravedad, que habría sido el prelude necesario de una votación serena. Esto era para el pueblo una detestable excitación al odio y á la intolerancia. Pero no eran los oradores los únicos culpables: no habrían dado tal apariéncia á las discusiones si el pueblo no hubiese encontrado en ellas algún placer malsano. Estas luchas ardientes hacían más patético el drama. Sin duda el auditorio no tomaba al pie de la letra tal número de imputaciones improbadas porque era demasiado fino para hacerlo, pero ello servía de entretenimiento á su malignidad. Se aficionaba á un género de emoción de orden inferior y aquel escepticismo desdeñoso con que acogía la mayor parte de las veces tales acusaciones recíprocas no era lo mejor para realzar la digni-

(1) Tucídides, III, 42.

dad moral de sus jefes. Siempre es perjudicial que resulten de los graves conflictos de ideas querellas personales. Pero si tales querellas exceden á toda medida, como ocurría con frecuencia en Atenas, entonces la política se contamina profundamente de ellas.

No es menos enojoso el otro reproche que puede dirigirse á los oradores atenienses. Muchos de ellos empezaban su vida pública en la pobreza y, sin embargo, la mayor parte vivía espléndidamente y realizaba cuantiosos gastos. ¿De dónde procedía aquella fortuna? Algunos de ellos, los más honrados, ejercían la profesión de logógrafos, esto es, de abogados de los particulares. Tal era el caso de Demóstenes, y lo curioso es que Esquines le censurase por ello; sin embargo, ésta era la única manera que tenía un orador pobre de ganarse la vida. Pero Esquines no lo mira de ese modo: en su afán de calumniar, procura sacar partido contra su adversario de la desconfianza instintiva que debía inspirar á la multitud una habilidad excesiva capaz de hacer triunfar cualquier causa buena ó mala. Aparte de la profesión de logógrafo que le quedaba al orador para poder enriquecerse, la ley prohibía á los oradores, como á los estrategas y los magistrados, obtener provecho de su cargo público. Hipérides nos lo afirma, y sin embargo no era raro, por lo menos en el siglo IV, que se enriqueciesen los estrategas en la guerra, que los magistrados cobrasen determinados favores, ganasen grandes cantidades con su elocuencia;

abundan los testimonios relativos á esto. Ya en el siglo v el desconocido autor del pequeño tratado sobre la *República ateniense* decía que con dinero podían obtenerse muchas cosas de la Asamblea popular y de los jueces. Los estrategas del siglo iv, según Demóstenes, luchan muchas veces por su propia cuenta y saquean las poblaciones para alimentar á sus tropas y llenar sus bolsillos. En cuanto á los oradores, Isócrates se lamenta constantemente, como de un mal indiscutido, de la ambición de los políticos que sin patrimonio alguno se acostumbran á vivir sobre la comunidad, en detrimento del bien público. Si se preguntase cómo eran posibles tantos abusos, Hipérides en el pasaje citado nos contestaría sin duda: la ley condenaba las ganancias de este género, pero menos severa la opinión, las toleraba siempre que no perjudicaran directamente al interés de la ciudad. En otras palabras, se admitía que un orador hiciese pagar sus servicios, aun en materia política, como un abogado, con tal de que no dañase á sabiendas á la ciudad. Lo que Hipérides reprocha á Demóstenes en la cuestión de Harpalo, no es precisamente el haber obtenido dinero sobre la fortuna del intendente infiel á Alejandro, sino el haber estado á punto de poner á Atenas, á consecuencia de eso, en una situación enojosa ante Alejandro. Por lo tanto, un orador que abogase ante el pueblo en favor de tal ó cual alianza podía hacerse pagar casi honradamente, si no legalmente, su discurso por la

ciudad interesada, si ello no originaba inconveniente alguno para Atenas. Claramente se ve lo escabroso de esta moral y cómo le era fácil á un orador poco escrupuloso procurarse una autorización para recibir dinero de Filipo. Hipérides afirma que honra al pueblo su indulgencia tolerante en tales materias: nosotros más bien nos inclinaríamos á ver en ella una peligrosa debilidad y una gran dosis de escepticismo moral. No es porque no se haya visto en otros tiempos enriquecerse generales en la guerra, cobrar salario los magistrados, corromper los candidatos á los electores, cobrar comisiones á los periódicos (los oradores de hoy). Sería farisaico el asombro é injusto tirar la primera piedra contra los atenienses. Pero no por eso es menos cierto que este aspecto de sus costumbres políticas es enfadoso y que si algunos hombres relativamente honrados se dejaban ir sin demasiado escrúpulo á tales prácticas, era peor para ellos y para la ciudad que toleraba tales modos de obrar. Más valía, aunque piense Esquines lo contrario, profesar honradamente el oficio de logógrafo que recibir regalos de Filipo, aunque fuese con buena intención.

He procurado presentar lo más objetivamente posible las excelencias y los defectos de la democracia ateniense. Las excelencias y los defectos en este pueblo vivo y animado están al exterior y son muy visibles, por decirlo así. No tomemos como pretexto tales defectos, que son en parte los de todos los

hombres y de todos los gobiernos, para olvidar sus excelencias, que son de clase excepcional y verdaderamente superior. Ha concebido un nobilísimo ideal político y ha poseído algunas de las aptitudes que podían permitirle aproximarse á él. Estudiemos ahora los problemas que se le presentaron en la realidad y su modo de resolverlos.

CAPÍTULO IV

Los actos y los resultados.

- I. LA POLÍTICA INTERIOR. § 1. *La democracia y la oligarquía.* § 2. *La democracia y la demagogia.*—
 II. LA POLÍTICA EXTERIOR. § 1. *Atenas y los bárbaros.* § 2. *Atenas y las ciudades griegas.* § 3. *Atenas y Macedonia.*—III. LAS ARTES DE LA PAZ.—IV. CONCLUSIÓN SOBRE LA DEMOCRACIA ATENIENSE.

I.—La política interior.

Ha dicho alguna vez Aristóteles que el signo de un buen gobierno consistía en la ausencia de graves discordias interiores y en el hecho de haber evitado la tiranía (1).

Si adoptamos esta regla de juicio indicada por Aristóteles, debe reconocerse que el gobierno interno de Atenas no ha sido malo, digan lo que quieran sus detractores. Desde la reforma de Clístenes hasta el establecimiento de la hegemonía macedonia, Atenas supo preservarse de los dos azotes señalados por el filósofo. Durante dos siglos vivió una

(1) *Política*, II, 8, p. 1272, 8, 32.